COTOLAY

LEYENDA PIADOSA

POR

RAMON SEGADE

MADRID: 1879

IMPRENTA DE F. MAROTO É HIJOS

Pelayo, 34

1,50

LEYENDA PIADOSA

BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE DERECHO
SANTIAGO

COTOLAY

LEYENDA PIADOSA

POR

RAMON SEGADE

MADRID: 1879

—

IMPRENTA DE F. MAROTO É HIJOS

Pelayo, 34

DEDICATORIA

Á LOS MUY REVERENDOS PADRES DEL COLEGIO DE MISIONEROS DE SAN FRANCISCO DE LA CIUDAD DE SANTIAGO.

Nada más justo y puesto en razon, que el dedicar esta pobre *leyenda* á los que en el dia viven bajo el mismo techo que ocuparon en otro tiempo los primeros hijos de Francisco de Asís, para quienes edificó piadoso asilo Cotolay: ellos son dignos hermanos suyos y vivos ejemplos de humildad y penitencia. Fuera de este deber, otro no menor me obliga á consagraros estas páginas: enfermo de espíritu y de cuerpo, en vuestra cariñosa y santa amistad he hallado consuelo y alivio, y bajo las bóvedas de vuestro templo y en los soli-

tarios cláustros de vuestro retiro he sentido calmar mis dolores y elevar la mente á la region de las esperanzas y de las dulzuras inefables. Soy vuestro hermano en el pensamiento que os anima, aunque el más humilde, y á pesar de que no me es dado vivir vuestra vida, vivo y viviré siempre unido á vosotros con el alma y el corazon como hijo y admirador el más sumiso y obediente.

SEGADE.

COTOLAY

LEYENDA PIADOSA

«La légende a toujours un fonds vraie, une donnée historique, et ce serait une maladresse bien grande à un écrivain de la rejeter sans une sérieuse étude; car là est la vie du moyen âge, là est une grande partie de la symbolique del'art.»

CHAVIN DE MALAU.

I

En la falda del *Pedroso*, elevado cerro que, como una muralla natural, se levanta hácia el ocaso del sol, en la ciudad compostelana, vivia allá á principios del siglo XIII un pobre carbonero.

Era el lugar, como su nombre lo indica, pedregoso y agreste, y cubierto de maleza, de

zarzales y pequeños robles; á pesar de todo esto el carbonero se habia atrevido á edificar allí su reducida vivienda unida á una pequeña ermita, que ya existia de tiempo inmemorial, dedicada á San Pablo (1), donde las horas que le dejaba libres el ejercicio de su industria solia dedicarlas á la oracion.

Tenia gran fama de bueno entre los compostelanos, y áun algunos llegaban hasta apellidarle el *Santo;* lo que sí podemos asegurar es que era muy piadoso, de claro ingénio y discreto á maravilla. Las cuales cosas reunidas, le hacian simpático y querido de todos cuantos le trataban por primera vez. Acostumbraba un dia por semana venir al pueblo á vender su mercancía, y era el que alimentaba el fuego de los *braserillos con incienso,* que todas las mañanas se encendian en las capillas de la Catedral. Retirábase luego á su choza, compartiendo las pequeñas utilidades de su oficio con los pobres que encontraba en el camino; pues ejercia sin reparo la caridad y era mucha la fama que de esto tenia el buen Cotolay, que este era su nombre; dán-

dose el caso de ceder su propio lecho á los que acudian á su albergue demandando un asilo, perdidos entre aquellas soledades.

En sus faenas de hacer carbon, cultivar un pequeño huerto que rodeaba su choza y adornar y cuidar de la ermita, pasaba tranquilamente los dias de su vida, sin cuidarse para nada de los negocios del mundo.

Decíanse de él grandes cosas, y entre las más verosímiles, eran que habia seguido las huestes más esforzadas de Don Alfonso, peleando como bueno en memorables combates en contra de los moros, distinguiéndose por su valor y ganando por ello mercedes y el aprecio de sus conciudadanos, y que decretada una *tregua*, que entonces era costumbre entre moros y cristianos, volviera á su ciudad natal; pero allí no pudo hallar el consuelo que con tanto afan venia buscando, porque su amada esposa Urraca Muñiz habia pasado á mejor vida, lo mismo que su hijo Juliano, en quienes tenia puesto su amor y fundadas todas sus esperanzas.

Este golpe inesperado sumió en profundísi-

ma tristeza al bueno de Cotolay, y dióse á vivir en la soledad y en el retiro, del que no fueron capaces de sacarle ni sus deudos ni sus amigos: y tanto acreció en él el disgusto por los bienes de la tierra, que desprendiéndose de todos cuantos poseia en favor de los hospicios y de las iglesias, vistiendo humilde y no acostumbrado ropaje, desapareció de la ciudad y fuese á vivir cerca de la ermita abandonada, donde lo venimos á encontrar ejerciendo el oficio de carbonero.

Esta sucinta y breve relacion, recogida así entre las consejas y tradiciones populares, se ve en parte confirmada por la historia, aunque no de una manera tan justificada que podamos darle un completo asentimiento. Sin embargo, sea de esto lo que quiera, lo cierto es que Cotolay, á pesar de vivir lejos del mundo y en lugar tan agreste y solitario, era muchas veces interrumpido en sus tareas y oraciones con importunas visitas de personas de algun viso de la ciudad, entre las que figuraban altos caballeros, como lo eran en aquellos dias los *Jurados* y *Cambiadores*, los cuales, y esto

era lo más de notar, acudian allí en demanda de consejo ó en ruego de encomendarse á sus oraciones.

Disculpábase él con su ignorancia para lo primero, y condenábase como el más pecador entre todos para lo segundo; pero no habia medio de eludir el compromiso, y muy contra su voluntad se le obligaba á oir y decidir sobre difíciles é intrincados asuntos.

No lejos de la ermita habia una fuente de fresca y cristalina agua, donde Cotolay acostumbraba á comer, con la frugalidad de siempre, en los dias de verano; y en aquel punto mismo era en el que se veia acosado por los importunos, que le buscaban afanosos.

Eran sóbrias sus palabras, y acertados y seguros sus consejos, motivo por el cual se encendian en todos mayores deseos de hablarle y consultar sus propios negocios.

Desde aquella montaña, donde pasaba sus dias Cotolay, distinguíanse perfectamente las nueve torres de la Basílica, punto principal hácia donde dirigia sus miradas en sus

horas de meditacion. Como toda inteligencia superior, acariciaba grandes pensamientos, pero cuya realizacion ofrecia sérias dificultades: su ardiente fé, sin embargo, le sostenia, y esperaba que el cielo le abriese el camino.

Los santos principios del Evangelio, que deseaba ver practicados en su mayor pureza, era el principal tema que le preocupaba á la contínua; pensaba que con la humildad y la pobreza podian llevarse á cabo grandes conquistas en el mundo, fundando una asociacion que combatiese con el ejemplo de una vida pobre, humilde y penitente, las ambiciones y sangrientas disputas, tan comunes en aquella edad, de tan extraños y contradictorios sucesos como nos cuenta la historia, compuesta de hombres en los que brillan el desprecio de los bienes de la tierra, la pureza de las costumbres y un amor desinteresado y fraternal por la humanidad, revestido á la vez de una voluntad fuerte y enérgica, que enseñase el camino que lleva al cielo.

El pobre Cotolay se encontraba solo, es

verdad, para llevar á cabo tan noble y levantado intento: nadie le habia seguido á aquella soledad, y las dificultades acrecian á medida y segun iba agrandándose su pensamiento. Recogido en lo interior de la ermita, pedia á Dios con insistencia le indicase el camino para llevar á cabo su pensamiento; un guía y una luz que le alumbrase en tan difícil y complicado proyecto. Con estas ideas en la mente solia subir, á veces, hasta lo más elevado del *Pedroso:* desde allí admiraba los dilatados horizontes que á uno y otro lado se ofrecian á su vista, distinguiéndose, por una parte, los castillos de los señores que entonces dominaban el país, descollando entre todos el de la Rocha y el más lejano de Altamira, cuyas soberbias torres se conservaron hasta nuestros dias; y de la otra, los valles del Ulla y de la *Maía* (2) y el sombrío monasterio de Canongio (3); y extendiendo su mirada hasta perderse entre los últimos términos del paisaje, distinguia las tranquilas aguas de la ria de Aroza, que allá muy lejos, confundidas con el azul del cielo, se ven á veces reflejar en dias

claros y serenos por los rayos del sol, semejando á un inmenso lago escondido entre desnudas montañas.

Es un paisaje algo sombrío en algunos puntos, pero amenizado en otros por pequeños valles, que comienzan en el *Castro* de Figueiras (4) y siguen á lo largo de las cordilleras, que, como una cadena, rodean aquella vasta extension: ello es que colocado allí nuestro piadoso solitario, elevaba su mente á la contemplacion de las cosas divinas.

Imaginando los medios de realizar sus grandes proyectos, con frecuencia sorprendíale allí la hora de la oracion de la tarde: como esto le acontecia muchas veces, ideó levantar en la cima de aquella montaña un *crucero* á donde dirigir su plegaria, lo cual verificó en poco tiempo con la ayuda de algunas buenas almas, que gustosas se ofrecieron á tan piadosa obra, y que como mudo testigo aparece hoy en dia, revelando en su forma y proporciones la remota época en que fué construido.

No estaba lejos, sin embargo, el dia en que

se realizaran los que algunos llamaban sueños de una imaginacion alucinada por la soledad en que él vivia; el cielo, movido de los sinceros y contínuos ruegos de Cotolay, iba á ofrecerle un auxiliar poderoso para que sus deseos se viesen satisfechos.

II

Los últimos rayos del sol poniente venian á herir con sus débiles resplandores las murallas de la ciudad compostelana, y un pobre peregrino, vestido de tosco sayal de color gris ceniciento, ceñido con un cinturon de cuero, en los piés unas ligeras sandalias, y en la diestra mano un baston de madera, especie de cayado; de elevada estatura, semblante apacible, aunque cubierto de pálido color, de larga barba, pero poco poblada, atravesaba la puerta franúgena (5), dirigiéndose por la rua de los Trabacheros hácia la Catedral, donde á poco le vemos entrar. Detúvose un momento á la puerta de la Basílica, como para contener los latidos de su piadoso corazon,

conmovido por la majestad del lugar y la impresion natural del que logra al fin realizar uno de sus mayores deseos.

A poco, vémosle postrado ante las gradas del altar y sobre el sepulcro del Apóstol martirizado en Jerusalen: todo allí predisponia al recogimiento y á la oracion; la pálida luz de las diez y nueve lámparas (6) que de contínuo permanecian encendidas hacian brillar, á la vez que el magnífico frontal de oro y plata (7), la rica corona (8) de aquel mismo metal que adornaba la cabeza de la antigua efigie de Santiago, y llenando de sombras las bóvedas de aquel sagrado templo, predisponian el ánimo á la contemplacion de las cosas divinas.

Para el peregrino, todo esto pasaba desapercibido; porque su corazon, su alma toda, hacia tiempo no existia ni vivia sino en el amor de Dios: la oracion y el éxtasis eran en él familiares: postrado, pues, como decíamos, el pobre peregrino sobre el sepulcro santo, quedóse luego sumido en purísima y profunda meditacion.

Entre tanto, digamos nosotros quién era

esta alma tan buena y devota: nacido en Asís, su nombre era ya conocido en toda la Italia, y habia venido al mundo escogido por la Providencia para predicar la humildad y la pobreza en medio de una época de desastres, de guerras y de costumbres licenciosas: se llamaba Francisco de Asís, y era ejemplo de admirable y extraordinaria penitencia. Convaleciente aún de una grave enfermedad (9), se dirigia con ánimo resuelto á extender el Evangelio entre los moros; pero antes, al pasar por España, quiso dejar implantada la *Órden Tercera de Penitencia* que habia establecido, visitando tambien los restos del Apóstol, cuyas huellas pretendia seguir, para inspirarse más y más en la inquebrantable y ardorosa fé del vencedor de la morisma.

Sobre las gradas de aquel templo no se habia postrado alma más pura, corazon más convertido al amor de Dios. Los peregrinos que cruzaban en aquella ocasion de uno á otro lado por las naves de la ya entonces magnífica Catedral, que Gelmiren habia enriquecido con no vista grandeza, detenían ante el fer-

voroso recogimiento del peregrino de tosco sayal, que inmóvil y en silencio permanecia como en un éxtasis en aquel santo lugar.

. . . . . .

Las horas de la noche habian transcurrido, y la débil luz del alba comenzaba á penetrar por las galerías del templo, y Francisco de Asís, abandonando aquel lugar tan querido para él, dirigióse hácia la puerta que daba frente á San Martin Pinario, y llegado allí, tomó calle abajo, y atravesando la puerta de *Sub-fratribus* (10) entró en *Val-de-Dios* (11), hasta llegar al rio Sarela (12).

Era á últimos del mes de Mayo, y los campos vestidos de hermosas flores, el cielo azul y sereno alumbrado ya por los primeros rayos del sol, el rio corriendo silencioso por entre las verdes márgenes, y los variados cantos de la alondra, llenaban de alegría el corazon de Francisco de Asís. Dotado de una rica imaginacion, sentia las dulces impresiones del bello cuadro que se ofrecia ante su vista. El canto de la alondra, que subia y más subia, hasta perderse en el inmenso cielo, le recordaba su

pátria querida y el convento del *monte de la Paloma*, en donde habia conservado con afectuoso cariño un nido de estas aves, que tanto amaba.

Sensible á los poéticos encantos de la naturaleza, un santo gozo inundaba todo su sér, y sus ojos se elevaban al cielo en señal de reconocimiento y gratitud. Siguiendo la orilla de aquel rio distinguió, no muy lejos, á un pescador, que, como él, más se cuidaba de admirar los encantos de aquella hora del dia que de la pesca: al divisarlo, dirigió sus pasos hácia el punto donde se hallaba; pero el pescador, que ya lo habia visto, corrió á su encuentro, y acercándosele, se arrodilló para besarle los piés.

—No hagas semejante demostracion, Cotolay; levántate y abrázame.

—Tú eres Francisco de Asís; déjame que á lo ménos bese tu sayal bendito.

Y estas dos almas puras, conocidas una de otra por revelacion divina, se abrazaron tiernamente.

—Venid, ¡oh, Padre mio! os esperaba..... el

cielo oyó mis ruegos..... y el momento, por tantos años deseado, ha llegado al fin..... Hablad..... Decidme lo que es preciso hacer..... Pero antes venid á mi pobre albergue..... Debeis estar muy fatigado..... Allí encontrareis algun descanso.

—Sólo el Señor me sostiene y anima, Cotolay, para cumplir su voluntad; pues el cuerpo está débil y enfermo.....

Atravesaron luego un rústico puente de madera, por donde cruzaron el *Sarela*, y siguiendo cuesta arriba y por estrechos senderos poco frecuentados, caminaron faldeando la cuesta del *Pedroso*, hasta llegar á la choza del carbonero.

III

Sentados en dos pobres banquillos, á la entrada de la humilde choza del no ménos humilde carbonero, estaban Francisco de Asís y Cotolay entretenidos en sencilla y piadosa plática. Oigamos lo que decian estas dos almas privilegiadas:

—Y bien, Cotolay, decidme todo lo que en ese sueño habeis visto.....

—Pues, como os decia, en medio de los variados y confusos objetos que se representaban en mi imaginacion, distinguia entre todos el de un hombre semejante á vos hasta en el hábito que llevais, con todos sus menores detalles, el cual, acercándose á donde yo estaba, descubrióme el proyecto que yo tenia

de fundar un convento donde se practicase la pobreza, y cuyos hijos fuesen á lejanas tierras á predicar el Evangelio; yo los veia pasar y repasar por delante de mí hasta el punto de asistir á su doloroso martirio entre los infieles, y entonces, con la representacion de este triste cuadro, despertábame lleno de miedo y sobresalto; por último, ya despierto completamente, oí una voz que me dijo: "Francisco, que este es el nombre del que ha de venir hasta tu choza, te señalará un tesoro, con el que podrás edificar la iglesia y el convento." Aquí teneis, Padre mio, el por qué al distinguiros ya de lejos en esta mañana, os he reconocido como la persona que habia visto en mi sueño; por eso al pronto os nombré y corrí á besar vuestros piés desnudos.

Elevando Francisco sus ojos al cielo, dibujóse en su semblante sencilla y tiernísima sonrisa, y dirigiéndose despues á Cotolay, le dijo:

—Bendigamos al Señor, pues se ha dignado escojeros para implantar en la tierra donde descansan los preciosos restos de Santiago, la Órden Tercera de Penitencia, de la

que soy indigno fundador: todo cuanto habeis visto en vuestro sueño se cumplirá á la letra; comencemos, pues, la obra de Dios.

—Pero el tesoro ¿dónde lo hallaremos?—preguntó Cotolay.—Todavía no está vuestro corazon purificado enteramente y libre de las ideas del mundo, y creeis tal vez que ese tesoro lo componen unas cuantas monedas, á las que el hombre convino en darle tanto valor é importancia; pero nosotros no hemos de fundar en esta clase de tesoros nuestras esperanzas: la fé, la pobreza y la caridad son las monedas que servirán para edificar nuestras obras; ellas son todo el tesoro de que os habló la misteriosa voz.

—¡Oh! perdonadme, Padre mio; pero me pareció la obra que proyectaba y veian mis ojos tan grande y magnífica, me consideraba yo tan pobre, como lo soy en verdad, que no debeis extrañar imaginase la existencia de un tesoro, que, escondido en las entrañas de la tierra, me proporcionase los medios de realizarlo.

—Nada tengo que perdonaros, Cotolay:

sólo una gracia especial puede desterrar por completo del corazon humano las afecciones y sentimientos que el pecado ha dejado impreso en él: Dios, sin duda, ha derramado en vuestra alma gracias singulares; pero todavía no la ha llenado con su espíritu, que la llenará seguramente, porque os quiere mucho, Cotolay.

—¡Qué bueno que sois, Padre Francisco, y cómo fortaleceis mi debilidad infundiéndome valor y esperanzas!

—Yo no soy más que un pobre instrumento: Dios es quien os dá todo eso que decís; pero vamos á principiar nuestra obra.....

—Bien, señor; enseñadme lo que yo tengo que hacer.....

—Primero comencemos por dirigir al cielo esta breve oracion..... Y ambos á dos, levantándose de los banquillos, en los que estaban sentados, pronunciaron á un tiempo la tiernísima plegaria que nuestros lectores nos permitirán copiemos á la letra, y segun se lee en la vida del Santo: "Gran Dios, lleno de gloria, y vos, Señor Jesucristo, os ruego me alum-

breis disipando las tinieblas de mi alma, revistiéndola de una fé pura, una firme esperanza y una perfecta caridad. Haced, ¡oh, mi Dios! que os conozca de tal manera, que en todas las cosas no me separe jamás de vuestra inspiracion, conformándome en todo con vuestra voluntad (13)."

Luego, separándose de la choza en la que se albergaban, se dirigieron hácia un pequeño montecillo, que no estaba lejos de allí, desde cuyo punto se divisaba perfectamente la ciudad compostelana y todos sus alrededores, y volviéndose Francisco al carbonero, que le seguia, le preguntó:

—Decidme, Cotolay, ¿á quién pertenece aquel pequeño valle que está fuera de las murallas y por el lado del puente que conduce á este lugar?

—Este valle, Padre mio, se llama *Val-de-Dios*, y es del antiguo solar de Pinario, hoy del monasterio que lleva ese nombre.

—Bien, iremos á pedírselo, por amor de Dios, al Abad: esta es hoy mi tarea; la vuestra consiste en que os tomeis el trabajo de ir

de casa en casa en demanda de una limosna para edificar un eremitorio de la Órden Tercera de Penitencia; hoy llevareis este trabajo sólo, mañana yo iré en vuestra compañía. La fórmula que para esto habeis de usar será la misma que yo he empleado en Asís para edificar mi convento de San Pedro; hé aquí en qué consiste: "El que me dé una piedra, tendrá una recompensa; el que me dé dos, tendrá dos; el que me dé tres, tendrá tres (14)." Yo os aseguro han concederos lo que pedís.....

Cotolay siguió á la letra los consejos del santo peregrino de Asís, y comenzó á dar principio á su obra en las primeras casas, despues de pasar la puerta de *Sub-fratribus*. Como era tan querido de todos los vecinos de Compostela, nadie se le negó para contribuir con sus posibles á la realizacion de su pensamiento; sin embargo, pronto conoció que con las solas dádivas que iba allegando no le era posible resolverse á comenzar de pronto la obra del convento, y que para ello necesitaba auxilios de mayor importancia.

Pensando en esto, cruzaba por la puerta de

Marcerelli (15), cerca del eremitorio de *Santa María a Nova;* á la vista de este pequeño convento que allí habia, recordó de pronto que al frente de aquella Congregacion de señoras devotas, se hallaba una mujer superior, de grande y levantado espíritu religioso: no esperó á más, y corrió á llamar al locutorio de aquella santa casa.

Poco tiempo se hizo esperar doña Beatriz de Loveyra (que era la que hacia veces de Superiora), pues al saber que la esperaba Cotolay corrió á verle, recibiéndole con señaladas muestras de alegría.

Nuestro carbonero enteróle al punto de cuál era su pretension, noticiándole á la vez de la venida de Francisco de Asís: á todo esto contestó la buena de doña Beatriz:

—Conozco, Cotolay, que la Providencia os ha elegido para una grande obra; y todos mis pronósticos los veo hoy confirmados con la venida de tan ilustre peregrino á Compostela. ¡Oh! ¡Qué fortuna y qué dicha tener hoy entre nosotros al hombre cuya fama de santidad llena ya toda la Italia! ¡Ah! Decidle que

esta su más humilde sierva, desea hablarle..... ¡Si viérais cuántos proyectos tengo que comunicarle!.... Sus consejos son hoy para mí de gran necesidad..... En cuanto á vos, Cotolay, contad con todo mi apoyo y con todo cuanto valgo y puedo; sin embargo, nosotros poco podemos hacer sin el auxilio de algunas personas poderosas; entre éstas recuerdo ahora al Cardenal Pelagio, que os servirá de mucho y que os quiere bien..... Id á verle, y seguramente hallareis en él un gran cooperador á vuestra obra.....

—¡Oh, señora! ¡Qué bien habeis hecho en recordarme al piadoso Cardenal!.... ¡Y yo que lo habia olvidado!.... Corro á su casa, y permitidme que no me detenga un momento más.....

—Id, id, Cotolay; Dios bendecirá vuestra obra.....

Despidióse nuestro carbonero de doña Beatriz, y con el alma llena de entusiasmo y esperanza fuése á casa del Cardenal Pelagio, donde no le seguiremos nosotros, pues tendremos ocasion más tarde de saber lo que

pasó en esta entrevista. Veamos ahora lo que hizo Francisco de Asís en la visita al Abad de San Martin Pinario: como era de esperar, consiguió con largueza todo cuanto deseaba, y especialmente el valle de Val-de-Dios, para edificar su primera casa de Penitencia en Compostela; y despues de recorrer los templos y capillas que ya entonces habia en la ciudad, se hallaba, no bien anochecido, en la ermita de San Pablo entregado á la oracion, como solia. No tardó mucho en aparecer Cotolay, que, penetrando tambien en la ermita, distinguió luego á Francisco, á quien no quiso interrumpir en su íntimo coloquio con Dios, y esperó, rezando las oraciones que en aquella hora tenia de costumbre, á que terminase para comunicarle las nuevas que traia.

A poco vemos al siervo de Dios, seguido de Cotolay, entrar en la choza de éste, á donde tambien nosotros podremos acompañarles.

Sentados ambos á dos en los banquillos, segun los hemos visto por la mañana, comenzó á hablar el peregrino de Asís de este modo:

—El Abad de San Martin Pinario ha con-

sentido á nuestra peticion, y ya somos dueños de todo el terreno que necesitamos para nuestra obra; pero he prometido una retribucion que tal vez os parezca gravosa. Yo queria demostrarle nuestro agradecimiento por su liberal y desinteresada donacion, y me atreví á ofrecerle en vuestro nombre una remuneracion parecida á la que he ofrecido con igual motivo á los monjes del monte Subiaco. No me reñireis por eso, ¿no es verdad, Cotolay?

—¡Ah, señor! Ya sabeis que yo no puedo tener más voluntad que la vuestra.....

—Gracias, hermano mio; mi oferta—y ya es tiempo que sepais en qué consiste—se reduce á que todos los años habeis de entregar al Abad de San Martin un *cestillo de peces*, y ofrecí esto al recordar que cuando nos encontramos esta mañana estábais entretenido en este ejercicio, por lo cual comprendí que no os seria muy costoso satisfacer esta pequeña dádiva.

—Y tan fácil, Padre mio; que áun cuando el Sarela no me proporcionase los bastantes para ese objeto, cerca está el Tambre, que

como rey de estos rios que corren en estos alrededores, me los dará con abundancia, no sólo para llenar un cestillo, sino ciento.

—Cuéntame ahora cómo has desempeñado tu tarea de hoy.

—¡Oh! Muy bien, señor; la Providencia ha guiado mis pasos, y sólo á ella debo atribuir el éxito que han tenido mis gestiones, que supera con mucho á lo que yo me imaginaba; figuraos..... Y fué contándole punto por punto todo cuanto le habia pasado, con especialidad en el eremitorio de *Santa María a Nova* (16) y en casa del Cardenal Pelagio (17); y como lo que pasó en la entrevista que tuvo con éste nada hemos dicho todavía, aplazándola para otra ocasion, esta es la oportuna de referirla de la propia manera y con las mismas palabras que se emplearon en aquella hora.

Era el buen Cardenal piadoso y devoto, hasta lo sumo, del retiro, y tanto, que más de una vez estuvo á punto de cambiar la mitra por la cogulla ó el hábito de monje; era tambien uno de los admiradores de Cotolay y antiguo conocido, de modo que al verlo entrar

en su modesta habitacion se llenó de alegría y regocijo, y corriendo á recibirle, le tendió los brazos diciéndole:—¿Qué trae de nuevas mi amado ermitaño? Cuánto celebro hoy vuestra venida, pues pensaba en buscaros para preguntaros por Francisco de Asís, que, segun he llegado á saber, honra hoy la ciudad compostelana con su presencia, y es esto para mí uno de los acontecimientos más grandes de mi vida; pues su nombre hace tiempo que llegó á mis oidos, y ansío de todas veras verle y hablarle.

—Justamente os adelantais, señor, á mis deseos; de tan grande siervo de Dios venia á hablaros. La Providencia ha querido destinar mi pobre choza para su morada, y en ella vive y en su santa compañía tengo la dicha de estar hace algunas horas no más. Dios nos lo ha enviado para que aliente nuestra cobardía y poca fé, realizando nuestro querido pensamiento, de fundar un pequeño eremitorio, y vengo hoy á demandar vuestro poderoso auxilio y los recursos con que contais. . . . .

. . . . . .

—Todo cuanto yo puedo y tengo es tuyo para tan grande obra—me contestó el piadoso Cardenal lleno de entusiasmo.—Y no sólo esto (siguió diciéndome), sino que estoy resuelto á entregarme yo mismo á la voluntad del santo Francisco..... Pero esto ya lo sabrás mejor mañana muy de madrugada..... Vete ahora, que luego volveremos á vernos en el *Pedroso*..... Todo lo prepararé para tu obra, que se llevará á cabo pronto, muy pronto.....

Aquí teneis, señor, todo cuanto he hecho en este dia. Demos, pues, gracias al cielo—dijo por conclusion Francisco de Asís—por haber coronado con tanta largueza nuestros proyectos y habernos dado en el Cardenal Pelagio un cooperador tan digno: mañana comenzaremos, con la bendicion de Dios, nuestra obra; ahora retirémonos á descansar...

—Sí; pero antes, amado Padre, quisiera probáseis las truchas del Sarela, que he podido pescar en la escursion que hice ayer por ese rio: así podreis ver si merecen ser presentadas al Abad de San Martin Pinario, á quien se las habeis ofrecido; y así diciendo, preparó

Cotolay todo lo necesario para la frugal cena que hicieron estas dos almas benditas de Dios.....

Despues reinaba el más completo silencio en la choza del humilde carbonero, donde se habia alojado aquel dia uno de los más grandes hombres de la Edad Media.

IV

Muchas veces al descansar, el que esto escribe, al pié de la ermita de San Pablo del Monte, han buscado con avidez sus ojos las huellas de este distinguido peregrino y los restos de la cabaña de Cotolay: en vano he interrogado á las piedras por allí esparcidas, en demanda de escondida inscripcion que consagrase un hecho tan memorable; en vano he recorrido todos los alrededores de aquel lugar solitario y agreste; todo ha sido inútil, y nada más he podido ver que lo que nuestra imaginacion quiso representarnos sobre un hecho indudable que consigna la historia y engrandece la tradicion.

Ella nos habla de un hombre lleno de pro-

fundísima fé, de alma noble, grande y elevadísima, que, en un siglo de errores, de pelea sangrienta; en medio de una sociedad devastada por ambiciones, y en un país donde todavía dominaba la media luna, se atreve á recorrerlo á pié, solo y sin socorro alguno humano, predicando y enseñando una doctrina olvidada y opuesta enteramente á las ideas que entonces reinaban, buscando por cooperador y ejecutor de su obra de regeneracion religiosa, otro hombre sencillo como él, humilde y de acendrada fé, escondido en la falda de una montaña, que en aquellos dias debia parecerse á un impenetrable desierto. Estos recuerdos que mi imaginacion me traia á la memoria, me hacian ver tambien los secretos designios de la Providencia y el valor y la fuerza de la poderosa doctrina de la religion cristiana, que en todas partes y en todos tiempos se demuestra de una manera elocuente con el sello indeleble de su divinidad. Pero hagamos alto aquí en esta ya larga digresion, y volvamos á reanudar el hilo de nuestra interrumpida y piadosa historia.

V

Gran movimiento de gentes se notaba en *Val-de-Dios* á los pocos dias de los sucesos que acabamos de narrar; quién reunia las piedras por allí esparcidas, quién ayudaba á abrir una zanja, y quién, por último, conducia los materiales necesarios para la obra que en aquel lugar se proyectaba. Era muy de mañana, y entre los que trabajaban habia tambien desocupados que hacian comentarios sobre aquel suceso inusitado que tenia lugar en la ciudad compostelana. Un curioso contaba en medio de un corrillo de gente algunos detalles; decia entre otras cosas: "Que un peregrino extranjero, hospedado en la choza del carbonero del Pedroso (no se le conocia por

otro nombre á Cotolay), habia ideado levantar en aquel sitio un convento de una nueva Órden, realizando así el pensamiento que tantos años hacia estaba bullendo en su cabeza; añadiendo que él mismo habia visto al peregrino señalar y bendecir los términos y el terreno que habia de ocupar su obra." A esto, algunos contestaban con una sonrisa de incredulidad, ó movian la cabeza con igual demostracion; otros admiraban lo atrevido de la empresa, y los más encontraban algo de misterioso y extraordinario en lo que estaban viendo, como era propio y muy corriente en aquella edad de consejas y de fábulas.

Nosotros, más enterados de los pormenores, podremos juzgar con verdadero conocimiento de causa, admirando la actividad del piadoso carbonero, que descollando de entre todos los que allí trabajaban, ponia manos á la obra para animar con el ejemplo, convirtiéndose hasta en el último de los canteros ó albañiles que habian concurrido á la obra, enviados por doña Beatriz de Loveyra y el Cardenal Pelagio. Era de ver la alegría y el

contento que se notaba en el semblante de Cotolay, que trascendia á su rostro de una manera tal, que todos lo notaban; alegría que se habia aumentado al ver algunos que espontáneamente se ofrecian á coadyuvar á su obra por pura caridad, y que de hecho le ayudaban: jóvenes los más, animados por una santa inspiracion, que querian tomar una parte activa en la empresa que se proponia Cotolay.

Estaba en lo cierto el curioso que habia contado con la asistencia de Francisco de Asís en las primeras horas del dia, pues el siervo de Dios, en union del Cardenal Pelagio y el carbonero, habia estado allí para inaugurar con la bendicion del cielo el eremitorio de Val-de-Dios, retirándose á poco á la ciudad con el objeto de hablar con doña Beatriz de Loveyra, segun ésta lo habia deseado al manifestárselo á Cotolay, y al propio tiempo demostrarle cuánto agradecia su cooperacion; y á todo esto acompañado del devoto Cardenal, que no volvió á separarse de él un momento. Corta fué la entrevista que tuvo

lugar entre aquella señora y Francisco de Asís; atraida por la humildad y dulzura de sus palabras, y llena de un santo entusiasmo ante el retrato que le hizo de Clara de Asís, le pidió con instancia que considerase á todas las en aquel recinto congregadas, como á hijas sujetas á la misma regla. Los deseos de doña Beatriz debian tener buena acogida en Francisco, pues pocos años despues vemos fundado en la ciudad compostelana el convento llamado de Santa Clara donde hoy existe.....

Terminada la mision que el ilustre hijo de Asís habia traido á la ciudad del Apóstol Santiago, nada más le quedaba que hacer que trasladarse al país donde tenia puesto el fin de sus designios: su vida nos dice que no pudo realizarlo á causa de una enfermedad que le obligó á volver á Italia y á un convento amado de Nuestra Señora de los Ángeles. Señalado, pues, el dia de la partida, se lo comunicó sólo á Cotolay y á Pelagio, ya su discípulo, y despues de bendecir nuevamente la obra comenzada y á los operarios que en ella trabajaban, muy de mañana

tomó por la puerta de *Talguerîis* (18), que conducia á *Iria-flavia*, seguido de su fiel admirador Cotolay.

Al llegar al *Humillatorium* (19), se separaron con un último abrazo estas dos almas santas que tan bien se habian comprendido. Cotolay no pudo contener sus lágrimas, á cuya vista se conmovió tambien el corazon de Francisco, que le abrazaba tiernamente, y dirigiendo una mirada hácia la Basílica compostelana, cuyas torres desde allí se distinguian, despidióse de aquel lugar santo, y señalándoselo despues al carbonero, le dijo: "No se cubra tu corazon de tristeza, hermano mio, pues el Señor te ha concedido el privilegio de nacer y vivir al lado de los venerados restos de uno de sus más distinguidos discípulos: seca tus lágrimas y corre á continuar nuestra obra, á la que debes consagrar todo tu cariño y tus cuidados....." y diciendo esto siguió su camino acompañado de Pelagio, dejando á Cotolay sumido en la mayor tristeza y amargura.....

VI

Tal actividad y destreza desplegó el buen carbonero, que en poco tiempo vió levantado el pequeño eremitorio con su iglesia; y como no aspiraba á construir un gran convento, fué para él un dia de alegría cuando se encontró ya con algunas celdas y un local bastante para dedicarlo á templo: tenia muy presente el consejo que le habia dado Francisco de Asís, como lo daba á todos sus cooperadores en las fundaciones. "Que la casa, solia decir, no fuese construida sino de madera y de tierra, con celdas capaces sólo para orar y trabajar sus moradores, tanto para huir ó evitar la molicie, como para guardar el recogimiento propio de su estado (20)."

Y si bien modificó el consejo respecto al empleo de la madera, que sustituyó con la piedra, esto lo hizo con consentimiento del peregrino, que comprendió desde luego la necesidad de hacerlo así á causa del clima y en vista de lo fácil que era encontrar aquellos materiales de construccion.

El nombre del carbonero del Pedroso corria de boca en boca por toda la ciudad, y se comentaba como un suceso extraordinario la visita de un peregrino extranjero, tan ilustre ya por sus virtudes: las gentes, que conocian su pobreza, se admiraban de que pudiese haber llevado á cabo una obra semejante, y dispuestas siempre, y más en aquella época, á lo maravilloso, comenzaron á mirarlo con cierto respeto y consideracion de que él mismo se extrañaba; y tanto se habló de él, de su poder y sus virtudes, que D. Pedro Muñiz, Arzobispo compostelano que regia entonces esta metrópoli, á pesar de vivir retirado en el eremitorio de San Lorenzo, entró en deseos de conocerle y hablar con él, mandándoselo decir así por uno de sus familiares.

Era el Arzobipo compostelano un varon *sábio*, *prudente* y *piadoso* (21), y un tanto dedicado á la vida contemplativa. Así es, que al verse por primera vez Cotolay y D. Pedro Muñiz, se sintieron atraidos el uno hácia el otro, profesándole este último un amor de padre, á pesar de la diferencia que existia entre un pobre carbonero y un príncipe de la Iglesia; pero la virtud siempre fué lazo de union áun entre quienes la gerarquía y el estado marca notables diferencias, borrando por secreto misterio la distancia que parece separarlos.

De esta circunstancia se aprovechó Cotolay para rogar al ilustre Prelado que acogiese bajo su proteccion á la obra de Val-de-Dios, pasando á bendecir la pequeña iglesia ya terminada. No sólo consintió D. Pedro Muñiz en todo cuanto se le pedia, sino que se ofreció á celebrar en su altar la primera Misa é inaugurar el nuevo plantel de hermanos de la Órden de Menores de Penitencia.

Parecióle á Cotolay que debia tambien acudir al Abad de San Martin Pinario é invi-

tarle para aquella ceremonia: así lo hizo, y prometió concurrir con sus monjes. Llegado el momento que con tanta ánsia esperaba el carbonero en que el eremitorio podia ya ser habitado, y la iglesia consagrada al culto, fué avisando á todos cuantos le habian favorecido con sus limosnas para su edificacion, y señalado el dia para la asistencia del Prelado y Abad del Pinario, tuvo lugar la piadosa ceremonia.

Las campanas de las nueve torres de la Catedral compostelana, debidas á la munificencia de Gelmina, anunciaban ya el acto religioso que tenia lugar en Val-de-Dios. Era pequeño el espacio de la capilla del eremitorio para contener á todos cuantos deseaban oir la Misa que por primera vez allí se celebraba por el Arzobispo de Santiago, asistido de su Cabildo, del Abad de San Martin y del Concejo de la ciudad, que habia tambien concurrido; pero lo que más llamaba la atencion eran unos cuantos jóvenes, que cubiertos con la túnica, el cinturon y el tosco baston de hermanos de la Órden de Menores, iban á ocu-

par los primeros las reducidas celdas de aquella casa de penitencia: la historia ni las crónicas de la Órden han consignado sus nombres; la tradicion cuenta que fueron de los que voluntariamente y sin retribucion alguna prestaron su trabajo corporal á la construccion del pequeño convento.

Este hecho hizo crecer más y más la figura de Cotolay, que llegó á ser, como hemos apuntado al principio de esta humilde relacion, uno de los hombres de más importancia en la ciudad de Compostela.

Pero él, separado de las contiendas del mundo, no vivia sino entregado á la oracion en su pobre choza del Pedroso; bajaba, sí, todos los dias á visitar la iglesia de su amado eremitorio, y á entretenerse en piadosas pláticas con los hermanos que allí seguian estrechamente las reglas de su fundador.

Por último, resolvió vestir tambien el sayal franciscano y terminar sus dias sirviendo á los hermanos, para quienes habia edificado aquel santo asilo; pues de esta manera se encontraba más libre y retirado de los importunos que

le asediaban, y más en estado de poder dedicarse á sus contínuas oraciones y ejercicios. En contínua comunicacion con Dios, y sirviendo con un amor y una dulzura inimitable á los pobres, únicos á quienes visitaba, fué pasando así los años de su vida hasta que, como lo dice la tradicion, segun se lee en una piedra incrustada en la pared de su convento, falleció santamente el año del Señor mil doscientos treinta y ocho.

Todavía hoy se conserva la ermita de San Pablo, aunque completamente restaurada, y en su átrio se ve un *crucero* (22), que los hijos del convento de San Francisco mandaron construir allí: fué, á nuestro entender, un sencillo y piadoso recuerdo de gratitud consagrado á la memoria de Cotolay; pero los buenos hijos de Francisco de Asís no se limitaron

á esto sólo, sino que en el año de mil setecientos sesenta y ocho trasladaron sus cenizas á la nueva portería del convento, colocando el mismo sepulcro que las contenia en un medio arco abierto en la pared: cuyo sepulcro pertenece al estilo ojival, y sólo ostenta una estátua yacente vestida á la usanza de tan remota época, sin inscripcion de ningun género.

NOTAS

(1) Aunque el vulgo suele llamar á esta ermita—hoy capilla—de San Payo. Todos los documentos que hemos tenido á la vista, y la imágen que se conserva en el altar principal y en el lugar preferente donde se acostumbra á colocar el Titular de la Iglesia, que es un San Pablo, prueban que el nombre que le damos en el texto es el verdadero.

(2) Maia: segun se dice ahora.

(3) Santa María de Conjo: antiguo convento de Religiosos Mercenarios. Su iglesia es uno de los templos digno de visitarse, por las preciosas imágenes que encierran sus grandiosas naves: en ellas merece especial mencion la imágen del Crucificado, obra del célebre escultor Hernandez, natural de Galicia: la del Apóstol Santiago en hábito de peregrino y la Dolorosa, con otras varias que allí existen, que no carecen de mérito artístico. El cláustro principal de este convento, en la parte antigua, es un precioso modelo del arte romano-bizantino, digno de admirarse.

(4) Este *castro*, es acaso uno de los mejor conservados que se conoce en el país, y tanto es así, que el Sr. Murguía, en su *Historia de Galicia*, no terminada, trae un

grabado que exactamente representa este monumento de la más remota edad.

(5) Es la calle que hoy llaman *Puerta del Camino*, por donde solian entrar los peregrinos franceses.

(6) *Historia de la Basílica compostelana*, de D. José Zepedano.—Lugo, 1870, pág. 96.

(7) Obra citada, pág. 89.

(8) Obra citada. Esta descripcion está tomada de la antigua *Historia compostelana*, publicada por el Padre Florez en el tomo XIX de su *Historia Sagrada*.

(9) *Histoire de Saint François d'Assises*, par Chavin de Malanpretre.—París, 1875, pág. 133.

(10) Era una de las antiguas puertas de la ciudad, que daba entrada á la calle que hoy se llama de San Francisco.

(11) *Val-de-Dios* se llamaba entonces todo el terreno que ocupa en el dia el convento de San Francisco, y seguia con la denominacion de *Val-do-Inferno*, hasta la pequeña capilla conocida con el nombre de *Nuestra Señora da Fonte*.

(12) Este es uno de los pequeños rios que rodean á la ciudad, conocidos con los nombres del *Sar* y el Saradela, denominado vulgarmente *de los sapos*.

(13) Chavin de Malan.—Obra citada.

(14) Idem.

(15) Hoy llamada del Mercado, de la que aún existe el arco donde debia estar enclavada la dicha puerta.

(16) Fray Jacobo de Castro, en el árbol cronológico de la santa provincia de Santiago, lib. VI, pág. 313, tomo I, dice: «Que se le agregaron las rentas de Santa María la Nova, en cuyo sitio está hoy la Compañía (en la actualidad el Instituto de 1.ª enseñanza) que era convento de *hermanos terceros*.» Pero esto que asegura el diligente cronista de la Orden tercera, es una equivocacion, pues en el *libro tumbo* de las monjas de Santa Clara, á cuyo convento se agregaron aquellas rentas, dice claramente, se-

gun lo hemos leido, que la Santa María la Nova era una *hermandad de mujeres.*

(17) Fray Jacobo de Castro, obra citada, lib. I, capítulo VII, pág. 17 y 18. Sin embargo de que este autor dice *que el nombre se ignora,* el que nosotros le damos está tomado de antiguos documentos. Este Cardenal de que aquí se habla, era uno de los siete establecidos por el Obispo D. Diego Gelmirez con facultad del Papa Pascual II en el año 1102. Todos eran presbíteros, y podian celebrar el santo sacrificio de la Misa en el Altar erigido sobre las cenizas del Apóstol Santiago.—*Historia compostelana*, ya citada, lib. I, cap. XIII.

(18) Conocida hoy por Puerta-fajeira, que conduce á la Alameda y camino que va á Padron.

(19) En el dia *miñadoiro*, que dista como media legua de la ciudad.

(20) Barthélemy de Pise: lib. I, conform. XII, capítulo XXIII, citado por Chavin de Malan, pág. 135.

(21) Palabras copiadas del Episcopologio Compostelano.

(22) En este *crucero,* todo de piedra, se conserva una sencilla inscripcion, en la que se consigna el hecho de haber sido erigido el *Viacrucis* por la comunidad de San Francisco en el año de 1661, y renovado en el de 1761. Siguen despues otras cruces, tambien de piedra, á lo largo del camino, y á distancia unas de otras como de medio kilómetro, hasta llegar al citado convento.

Despues de escrita gran parte de esta humilde leyenda, nuestro respetable amigo, el erudito y distinguido escritor D. Antonio Lopez Ferreiro, Canónigo de la Catedral

de Santiago, ha tenido la bondad de facilitarnos copia de un testamento de Cotolay tomada del archivo de la Catedral compostelana. Allí se le llama *Cotolaya*, revelando haber sido un caballero notable en aquellos tiempos. Lega y distribuye su hacienda á la iglesia catedral, declara haber sido casado dos veces, que tuvo un hijo llamado Juliano, y por último, dispone se le sepulte en la *quintana*, cementerio que era de la ciudad. A la vista de este documento, y á pesar de ser de la fecha en que ponemos nosotros la leyenda, dudamos sea el mismo Cotolay de la tradicion, ya por lo mucho que á esta se opone, ya tambien por la circunstancia, que para el caso es muy significativa, de no hacer memoria del convento de San Francisco y señalar el enterramiento en paraje distinto del en que hoy mismo aparece. Como nuestro objeto no ha sido escribir una historia, sino una leyenda fundada en la tradicion, hemos hecho caso omiso del referido testamento, que dejamos íntegro á los eruditos y aficionados que quieran dilucidar estas oscuridades de nuestra historia local. Reconociendo, sin embargo, que dicho documento es verdaderamente curioso, lo insertamos como apéndice al final de estas notas.

SANTIAGO.

Era MCCXXXIII. Año de C. 1195, 12 de Julio.

(TESTAMENTO DE DON COTOLAYA.)

«In nomine dni. nri. ihu. xri. amen. Era M.CC.XXXIII. et qt. IIII. id. iulii. Ego donus cotolaya sanus deo gratias et incolumis uolens ire in exercitum. dni. Regis Anfonsi legionensis contra sarracenos. ideo uolo res meas exponere et ordinare qualiter si illuc obiero iusta meam propriam uoluntatem ordinate remaneant.

Primo mando corpus meum sepelliri in cimiterio bti. Jacobi. et mando ibi mecum in ipsa die st. c. canonicis in supposita. et mando eis etiam duas quartas uini annuatim unam pro meo anniuersario et aliam pro anniuersario uxoris mee Maioris iulianiz sicut in sua mandatione resonat. et una ex istis quartis uini detur in die sci. Michaelis Septembris et alia in die sci. Martini et persoluantur de sci. Michaelis de *cisterna*.

Mando quod tres presbyteri seruiant in Ecclesia sci. Michaelis et unus eis seruiant. in choro sci. Jacobi et sic faciant per ebdomadas singulas alternatim et teneant ipsam ecclesiam per mandatum compost. capituli et eius prouidentia. et mando eis ipsum domum que stat inter domum Card. Pelagii garsie. et domum in qua moratur donnus Paris iohannis canonicus. et illas etiam domos in quibus modo ibi moratur Card. Pelagius garsie.

quas mihi monachi sci. martini debent deliberare ad obitum dni. Petri uelle. ut iam dicti tres presbyteri habeant domos ipsas et mando eis illum furnum meum quod stat ad ipsos agros sci. Michaelis in fronte de ipsis meis *pardinariis*. et mando eis etiam quantum habeo in *biti* tam hereditatem quam eius populationem et mando eis unum meum seruitialem in *linares* quem michi dedit Pelagius amplo et mando eis medietatem de quadam seruitialia in *ariis* ubi moratur Pelagius martini. et mando eis meum ortum quod ganaui meo proprio censu de Archidiacono donno Petro stefani. et hoc seruet filius meus donnus julianus fideliter. et custodiat sub protectione capituli ad uictum et uestitum predictorum trium presbyterorum et non dimittat predictas possessiones uendere nec donare, nec supignorare alicui. set. firmiter sint ipse predicte possessiones etc..... Et si filius meus donus julianus hoc bene et fideliter non custodierit alius meus propinquus clericus per consensum capituli sci. Jacobi. seruet et custodiat bene..... Mando tamen post filium meum donum Julianum quod neptus meus sancius alfonsi teneat has predictas possissiones et custodiat modo supradicto. Et si mei propinqui clerici defecerint, mei propinqui layci ita seruent ipsas possessiones sicut superius dictum est. Et si omnes mei propinqui defecerint totum sit libere in arbitrio capituli.

Mando etiam duas uncias argenti canonice pro meo anniuersario et uxoris mee Maioris iulianis. in die sci. Gregorii canonicis sci. Jacobi et asigno eas dari illis de ipsa mea domo que stat sub portali nono ecclesie bti. Jacobi quam Ego nouiter feci et etiam mando eisdem canonicis in die sci. romani unam quartam uini in superposita pro meo anniuersario et uxoris mee maioris iulianiz. et persoluantur de meis ecclesiasticis de sco. romano et de sca. Marina de *berdia* et de mea portione de *bitulito*, et de *bogallido*, et de *laranio* quas hereditates predictas ecclesiasticas teneat filius meus donus julianus et nepti mei et

propinqui clerici unus post obitum alterius. et si propinqui mei clerici defecerint mei propinqui layci teneant et dent illud predictum anniuersarium. et reficiant et restaurent ipsas ecclesias. et si omnes de genere meo defecerint tunc redeant predicte hereditates Compost. Sedis ad possidendum in perpetuum. Dum autem eas mei propinqui tenuerint non recipiant inde seruitium nisi in mensura et non uendant eas nec subpignorent nec donent alicui nec minuant set acrescant et proficiant.

Mando quod sacerdos quidam teneat VI. ipsius ecclesie sci. romani per prouidentiam et consilium illius propinqui mei qui meas ecclesiasticas hereditates tenuerit et non det de illa redditum ipse sacerdos set habeat me et uxorem meam Maiorem iulianiz in mente in orationibus suis in perpetuum. quando ipse sacerdos obierit alius succedat ei in predicta possessione in perpetuum. qui semper sic faciat.

Mando sco. Jacobo totam meam ganantiam de ecclesia illa de *fecha*. Mando quod neptus meus Sancius anfonsi teneat meam portionem ecclesie de sca. Xristina de *Marcelli* et det inde annuatim V. st. in pane et uino pauperibus hospitalis sci. Jacobi et quando defecerit Sancius alfonsi reddeat ipsa Ecclesia illi qui alias meas ecclesiasticas hereditates tenuerit et dentur inde semper annuatim predicti st. V. hospitali sci. Jacobi in die sce. Xristine.

Mando quod compleatur hoc meum testamentum de debitis que mihi debent. et si ad presens complere non potuerint de meis debitis uendatur ipsa domus mea de Rua grandi in qua moratur Petrus de tudela. et. compleatur hoc meum testamentum..... per manus et presentia decani dni. martini et archidiaconi dni. petri cantel et abatis de *antealtaria*. et Martini petri de campo et Vilielmi petri et Alfonsi petri generis mei et uxoris mee Urrace nuniz..... Lupus arie Compost. ciuitatis notarius scripsit.»

(Tumbo 6. fol. 24 vto. Ined.)

TESTAMENTO DE COTOLAYA (1)

ERA HISPÁNICA 1233 — AÑO DE J. C. 1195

En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo: *Amen.*

A doce de Julio de mil ciento noventa y cinco, yo el señor Cotolaya, gozando de perfecta salud, á Dios gracias, y queriendo ir en las huestes de D. Alfonso (2), rey de Leon, contra los sarracenos, quiero ordenar mis cosas para que queden dispuestas segun mi voluntad como si fuese á morir en la guerra.—Primeramente, mando que mi cuerpo sea sepultado en el cementerio de Santiago (3), y que en ese mismo dia se den á los Canónigos cien sestercios por mi sepultura: tambien les mando dos cuartas de vino anualmente, una por mi aniversario y otra por el de mi mujer Mayor Julianiz, segun consta de su testamento, y se paguen de las pensiones de San Miguel de Cisterna, una el dia de San Miguel de Setiembre, y otra en el de San Martin. Mando que tres presbíteros sirvan á la iglesia de San Miguel, y uno de ellos en el coro de Santiago, alternando por semanas, con órden del Capí-

(1) No pretendemos hacer una verdadera traduccion de este extraño documento, sino dar una pequeña idea de su contenido para los que ignoren completamente el latin.

(2) Este D. Alfonso debe ser el IX de este nombre, sucesor de Fernando II, en 1188.

(3) Cementerio que estaba aún en nuestros dias en la Quintana, hoy plaza de los Literarios.

tulo compostelano: tambien les mando mi casa, que está entre las del Cardenal Pelagio García y Sr. Paris Juan, Canónigo, y las en que habita el señor Cardenal nombrado, que me han de dar los monjes de San Martin á la muerte de D. Pedro Velle, para que así tengan casas que habitar: y les mando asimismo el horno que está en los campos de San Miguel, en frente de mis *pardinares* (1), y todo lo que tengo en Bite (2), tanto heredad como caserío, y mi campo servicial de *Linares* que me dió Pelagio Angelo, y la mitad de cierto servicial junto á donde habita Pelagio Martin, y el huerto adquirido con mi propio censo, del Arcediano D. Pedro Estevan. Y todas estas cosas las tendrá mi hijo el Sr. Julian bajo la proteccion del Capítulo, para comida y vestido de los tres presbíteros arriba dichos, sin que pueda venderlas, ni donarlas, ni empeñarlas. Y si esto no hiciese, poner á otro pariente mio clérigo, con consentimiento del Capítulo. Ordeno que despues de mi hijo el Sr. Julian, las tenga mi sobrino Sancho Alfonso, y las guarde del modo arriba dispuesto. —Faltando mis parientes clérigos, sucedan los legos, y no habiéndolos, quede todo al arbitrio del Capítulo.— Mando tambien dos onzas de plata de ley á los Canónigos de Santiago para dia de San Gregorio, consignadas sobre la casa que yo hice de nuevo bajo el portal noveno de la iglesia del mismo Apóstol.—En el dia de San Roman se dé una cuarta de vino á los referidos Canónigos en ofrenda por mi aniversario y el de mi mujer Mayor Julianiz, que se pagará de mis posesiones de San Roman y Santa Marina de *Berdia* (3), de *Bituli-*

---

(1) Pardinares: esta palabra gallega significa para unos: *casa o edificio arruinado;* otros creen que se refiere á *cubierto, establo* ó *cuadra.*

(2) Pequeña aldea de los arrabales de Santiago.

(3) Santa María de Berdia, á legua y media de Santiago, hácia el Norte.

to (1), *Bogalledo* (2) y Laranio (3), que tendrán mi hijo el Sr. Julian y mis parientes clérigos, unos despues de otros, y faltando éstos sucedan mis parientes legos con la carga del aniversario, y compongan y reparen las nombradas iglesias; mas si faltasen todos los de mi linaje, queden dichas heredades á la Catedral compostelana perpétuamente. Mientras las poseyeren mis parientes, no reciban por ellas réditos, ni las vendan, donen, ni empeñen; acrecentándolas y mejorándolas, que no vengan á disminucion.—Que un sacerdote tenga el sexto de la iglesia de San Roman por consejo y mandato del pariente que posea mis bienes eclesiásticos, sin que por ello tenga que dar rédito alguno, sino que me tendrá presente y á mi mujer en sus oraciones: á su muerte suceda otro de la misma manera.—A la iglesia de Santiago mando todas mis ganancias de la *Fecha* (4). Que mi sobrino Sancho Alfonso disfrute mi porcion de la iglesia de Santa Cristina de Marcelli (5); de ella dé anualmente *cinco sestercios* en pan y vino á los pobres del hospital de Santiago; y á su muerte, pase esa iglesia al que poseyere mis bienes eclesiásticos, dando siempre los dichos cinco sestercios en el dia de Santa Cristina, al hospital.—Mando que se lleve á cabo este testamento con lo que se me debe, y si no bastase, véndase mi casa de la *rua Grande* (6), en la que vive Pedro de Tudela.—Sean cumplidores de este mi tes-

---

(1) Lugar y parroquia como la anterior.

(2) San Pedro de Bugallido.

(3) San Martin de Laraño.—Ambas feligresías situadas al Sur de la misma ciudad, de una á dos leguas de distancia.

(4) Suponemos se refiera á Santa Cristina de Fecha, parroquia á dos leguas Norte de la ciudad.

(5) Parroquia tambien en el ayuntamiento de la Baña, partido de Negreira, á cuatro leguas S. O. de la misma ciudad compostelana.

(6) Rua del Villar en la actualidad.

tamento el Sr. Decano (Dean) Martino, el Arcediano señor Pedro Cantel, el Abad de *Ante-altares* y mis parientes Martino Pedro de Campo, Vilielmo Pedro y Alfonso Pedro y mi mujer Urraca Nuniz.—*Lope Arie*, notario, lo escribió.